



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Figueroa Ibarra, Carlos

La revolución sandinista y los contratiempos de la utopía en Centroamérica

Bajo el Volcán, vol. 5, núm. 9, 2005, pp. 67-85

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28650904>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA REVOLUCIÓN SANDINISTA Y LOS CONTRATIEMPOS DE LA UTOPIA EN CENTROAMÉRICA*

Carlos Figueroa Ibarra

RESUMEN

En los años sesenta, el mañana empezó a convertirse en un imperioso hoy en Centroamérica; una crisis precipitó la rebelión y ésta profundizó la crisis. Este trabajo asevera que al mismo tiempo que el cambio revolucionario centroamericano era un hecho de gran actualidad, iba a destiempo en relación a lo que sucedía en el resto del mundo. Así, la tragedia de la revolución centroamericana –y la de la sandinista, en particular– fue caminar en sentido contrario a como lo hacía el mundo. He aquí los contratiempos de la utopía en la Centroamérica del último cuarto del siglo xx.

SUMMARY

In the sixties, morning began to transform into an imperious day in Central America; crisis precipitated the rebellion and the rebellion deepened the crisis. The present work argues that even as revolutionary change in Central America was a fact of great present importance, it occurred at an inopportune moment in relation to what was taking place in the rest of the world. Thus, the tragedy of Central American revolution –and of the Sandinista Revolution in particular– was to move against the grain of what was occurring in the world.

INTRODUCCIÓN

Soñar con una sociedad poscapitalista se ha convertido en pasatiempo de ilusos. Pensar en la revolución como conquista revolucionaria del poder,

* Ponencia presentada en las Jornadas “25 años de cambio político en Nicaragua” celebradas en el Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca, España, 10, 11 y 12 de marzo de 2005.

no solamente es visto como parte de las imposibilidades, sino también, desde cierta perspectiva, como algo inútil si se quiere transformar al mundo. Pero hace tan sólo un cuarto de siglo, las fuerzas sociales y políticas que consideraban que otro mundo era posible, pensaban –en palabras del comandante sandinista Tomás Borge– que “el amanecer había dejado de ser una tentación”. La revolución, de la manera en que se cavilaba en aquel momento, podía ser un acontecimiento extraordinario, lo que no quería decir imposible. En Centroamérica de los años setenta, el mañana empezó a convertirse en un imperioso hoy porque una creciente crisis precipitó la rebelión y la rebelión profundizó la crisis. La pregunta obligada en este examen retrospectivo es: ¿qué hizo posible en aquel entonces la actualidad de la revolución? En estas páginas se pretende hacer una revisión de algunas de las causas que hicieron posible pensar la revolución como un hecho de gran actualidad. También se asevera que al mismo tiempo que el cambio revolucionario centroamericano era un hecho de gran actualidad, caminaba a destiempo en relación a lo que estaba sucediendo en el resto del mundo.

Fue un lugar común en la literatura sociológica y política centroamericana o sobre Centroamérica, decir que la crisis en dicha región obedecía a la miseria y a la dictadura. Siendo certera esta afirmación general, la misma es sólo eso: una afirmación que dice todo y no dice nada.

En realidad, Centroamérica había sido homogeneizada por el destino común al que estaba condenada por la dominación estadounidense. Pero más allá de lo común, la heterogeneidad también era ineludible. Miseria y dictadura tuvieron diversas manifestaciones en los distintos países de la región y en uno de ellos, Costa Rica, éstas fueron atemperadas o inexistentes. Acaso dichas diferencias expliquen por qué los movimientos revolucionarios en Centroamérica tuvieron rasgos diferenciados y suertes distintas.

Al destacar lo común, que es el ámbito de este trabajo, hay que mencionar que la crisis centroamericana, en los años setenta y ochenta, tuvo manifestaciones y procesos distintos en cada uno de los países de la región. La crisis fue entonces, una articulación de diversas manifestaciones de crisis en cada uno de ellos. No es posible omitir este asunto, aun

cuando el propósito y la extensión del presente trabajo permitan destacar solamente los elementos generales y comunes de una crisis en la cual se insertó el estallido revolucionario en la región y el triunfo de la revolución sandinista.

En este ensayo se sostiene que la revolución popular sandinista triunfó cuando en el mundo terminaba una época de flujo revolucionario y comenzaba una marea en sentido contrario. La revolución nicaragüense expresó que la causa profunda de la marea revolucionaria regional era el agotamiento de una manera de gobernar (la dictadura militar), y de una forma de acumular (el latifundismo agroexportador). Pero la marea revolucionaria se observó en un momento en que la época de la acumulación fordista y keynesiana también se estaba agotando y estaba siendo sustituida por la acumulación flexible o neoliberal (Harvey, 1998: 141-222). A esto hay que agregarle la crisis terminal del socialismo real y el surgimiento del mundo unipolar.

En síntesis, la tragedia de la revolución centroamericana –la de la revolución sandinista, en particular– fue caminar en sentido contrario al que estaba dirigiéndose el planeta entero.

He aquí los contratiempos de la utopía en la Centroamérica del último cuarto del siglo XX.

LOS SUSTENTOS DE LA REVOLUCIÓN

¿Qué ha hecho posible la conquista revolucionaria del poder? Podemos aceptar el viejo aforismo de la conjunción de lo objetivo y lo subjetivo, si partimos del hecho de que lo primero no es más que segundo universalizado. Algo así parece haber sucedido en Centroamérica. En este epígrafe examinaremos los factores que hicieron posible plantearse el cambio revolucionario, el cual fue pensado como un gran paso hacia la utopía.

El agotamiento del latifundismo agroexportador

Desde mediados del siglo XIX, Centroamérica se vio articulada al mercado mundial a través de la agroexportación. Particularmente el café y el banano fueron los cultivos que garantizaron la bonanza de las oligar-

quías locales y el interés económico del capital estadounidense. Esto sucedió hasta que, en la década de los cincuenta del siglo XX, se empezó a observar una diversificación de la agroexportación al incluirse otros productos como carne, azúcar y algodón. El modelo primario exportador pudo salir con bien de la crisis de 1929, e incluso transitar hacia una estabilidad durante la segunda posguerra en el siglo XX.

Sin embargo esta estabilidad era relativa a los indicadores macroeconómicos. El latifundismo agroexportador requirió, en todos los países centroamericanos, regímenes autoritarios que garantizaran una significativa expoliación de las masas rurales. No había lugar en dicho mundo para una modernización de las relaciones sociales y políticas. El intento del gobierno de Jacobo Arbenz Guzmán (1951-1954) en Guatemala, de lograr una modernización entendida como industrialización, terminó ahogado por una contrarrevolución impregnada de paranoia anticomunista. No obstante, la modernización era una necesidad, y se expresó en una tentativa de sustitución de exportaciones a través de una industrialización relativa. En la región, la industrialización asentada en mecanismos de integración económica centroamericana, fue la realización atemperada y sin el filo revolucionario de las medidas redistributivas del ingreso o, peor aún, de reformas agrarias.

Este proyecto no tuvo origen en la propia región. El sueño industrializador venía en realidad de la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), quien partía de las tesis de Prebisch sobre las deficiencias de la primarioexportación y la necesidad de sustituir dicho modelo por uno de *sustitución de importaciones* (Dada, 1983: 107). En el caso centroamericano, la CEPAL consideró conveniente superar las limitaciones de los mercados nacionales por medio de la integración regional (Bulmer Thomas, 1989: 225). Se ha expresado que la integración centroamericana surgida con el Tratado General de Integración Centroamericana, firmado en 1960 –precedido por el Tratado Multilateral de 1958–, tenía como objetivo estratégico el desmantelamiento del modelo agroexportador como eje esencial de las economías centroamericanas (Dada, 1983; Guerra Borges, 1979; s/f; 1988). Según Bulmer Thomas, de haber triunfado dicho objetivo estratégico habría tenido implicaciones revolucionarias para

el sector agrícola: se hubiese puesto fin al dominio económico, social y político de la oligarquía terrateniente vinculada a la agroexportación (Bulmer Thomas, 1989: 244).

Al final de cuentas, de este proceso resultó lo que ha sido llamado *el modelo híbrido* (*ibid.*: 245): una industrialización relativa empotrada en el latifundismo agroexportador. El crecimiento industrial no desplazó a la agroexportación tradicional como fuente esencial de ingresos por exportaciones en la región. Más aún, fueron los ingresos de divisas provenientes de la agroexportación los que financiaron las importaciones extrarregionales, gran parte de ellas constituidas por los insumos que necesitaba la emergente industria surgida al calor de la industrialización. La agroexportación siguió siendo dominante en esa suerte de estructura dual: industria para la exportación regional/agroexportación extrarregional. Entre 1960 y 1964 los cinco productos principales de la agroexportación constituían el 84% en el valor total de las exportaciones guatemaltecas (Vilas, 1994: 90). En 1970 los mismos cinco productos, dentro del total de las exportaciones extrarregionales centroamericanas, seguían significando el 84% del valor total de las exportaciones (Bulmer Thomas, 1989: 248).

Sin embargo, algo había cambiado: de un eje sustancial de acumulación se pasó a la existencia de dos. Uno de ellos (la agroexportación hacia mercados extrarregionales) dominante y otro subordinado (industria volcada al mercado regional).

Lo anterior se expresó en el comportamiento del comercio intrarregional. Entre 1934 y 1938 las exportaciones intrarregionales aumentaron en Centroamérica de 0.9 millones a 8.2 millones de dólares. Entre 1952 y 1958 pasó de 10 a 20 millones de dólares lo que implicó una tasa de crecimiento anual de 12%. En la década de los sesenta, particularmente entre 1961 y 1968, las exportaciones intrarregionales aumentarían a una tasa promedio anual de 29%. Estos datos resultan mucho más significativos si se compara el nivel de las exportaciones intrarregionales con el total de las exportaciones centroamericanas: de 4% en 1958 se transitó a 26% en 1968 y a 20% en 1980 (Guerra Borges, s/f:15, 16; 1988, cap. 4).¹ Hubo años en que para Guatemala y El Salva-

dor, las exportaciones al Mercado Común Centroamericano constituyeron entre el 35 y el 40% de la exportación total de dichos países y el incremento de su participación determinó el 60% del incremento del comercio intrarregional entre 1961 y 1968, así como el 68% entre 1969 y 1978 (*ibid.*, s/f: 17, 18).

Las cifras de industrialización relativa observadas en los años sesenta y setenta en Centroamérica no significaron un desarrollo independiente (Dada, 1983:119; Guerra Borges, 1988). La industrialización fue de carácter dependiente por su subordinación tecnológica y dependencia de insumos extrarregionales y, en gran medida, financiada por la inversión extranjera.²

Por otra parte, como el propio *Informe Kissinger* lo reconocería en 1983, el crecimiento económico observado en Centroamérica en los años sesenta y ochenta, serviría para beneficiar a algunos pocos mientras que muchos se beneficiaron poco o nada. En el caso de Guatemala tal informe aseveraba que “los ingresos reales de las familias pobres eran menores en 1980 que en 1970” (Selser, 1984: 111). Guatemala ciertamente creció durante estas dos décadas: entre 1950 y 1960 la tasa media anual de crecimiento del PIB fue de 3.4, lo que contrastará con las dos décadas siguientes en las cuales tal crecimiento será de 5.6% y 5.4% respectivamente (Vilas, 1994: 77). En un contexto en el cual la tendencia de los términos netos del intercambio era oscilante y más bien tendiendo a la baja, el mercado común centroamericano suavizó el impacto de las caídas de precios de las exportaciones agrícolas y disminuyó las importaciones procedentes del resto del mundo. Estos hechos disminuyeron el déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos y las necesidades de entradas netas de capital de largo plazo (Guerra Borges, s/f; 9).

El fracaso del desarrollismo centroamericano

La integración centroamericana, piedra angular del modelo sustitutivo de importaciones que coexistía con el agroexportador, tropezó con serios obstáculos después de la guerra entre El Salvador y Honduras en 1969. Resultado en gran medida de los desequilibrios provocados por la integración centroamericana (Durham, 1979; Rowles, 1980), *La guerra del*

fútbol provocó a su vez nuevos desequilibrios. Honduras, Costa Rica, Nicaragua adoptaron políticas proteccionistas con respecto a ciertos productos. Además, los llamados shocks petroleros de 1973 y 1979 contribuyeron a generar procesos inflacionarios y afectaron la disposición de divisas.

En el momento de la revolución sandinista, el mercado común centroamericano estaba naufragando: si bien durante los años sesenta el comercio intrarregional creció a un ritmo promedio anual de 29%, durante la década siguiente tal tasa sería de solamente 13%, la cual en términos reales sería de 5% por los procesos inflacionarios que durante ese periodo se observaron. Como ya se ha dicho, si en 1968 las exportaciones intrarregionales centroamericanas dentro del total de exportaciones ascendían a 26%, en 1980 tal porcentaje llegaría sólo a 20% (Guerra Borges, s/f:15, 16; 1988, cap. 4).

Finalmente, la disminución, en los años setenta, del ímpetu que creó la integración centroamericana, puede verse con el decrecimiento de la tasa media de crecimiento industrial de los años sesenta (8.5%) en relación a la de los setenta (6.4%). La crisis del proyecto de integración centroamericana tendría todavía peores momentos a partir de la irradiación del estallido revolucionario de Nicaragua hacia el resto de la región. Se ha dicho que la crisis en lo fundamental vino del sector externo –y en Centroamérica eso significaba primordialmente la agroexportación– y no del Mercado Común (Guerra Borges, 1988:112). Lo anterior significa que fue la “parte vieja” del *modelo híbrido*, el latifundismo agroexportador, el principal responsable de la crisis y no la industrialización sustentada en la integración centroamericana. A los factores estructurales del deterioro de los términos del intercambio (Guerra Borges, 1988: 103), se agregaron los coyunturales: los países centrales (concretamente el *Grupo de los siete*) entraron entre 1976 y 1982 en una crisis recesiva de magnitud considerable como lo demostrarían los datos del Fondo Monetario Internacional, los cuales reflejan un descenso del Producto Geográfico Bruto de dichos países durante aquellos años, que va de 5.2% a -0.1% (Figueroa Ibarra, 1991:197). La crisis del latifundismo agroexportador contribuyó a la crisis de su socio menor, la industrialización subordinada. Siendo los

ingresos de la agroexportación fundamentales en los pagos que reproducían el comercio intrarregional, y en la capacidad de importación de los insumos que la naciente industria necesitaba, los efectos del sector externo sobre la industrialización y sobre la integración económica son fáciles de imaginar. A esto cabe agregar la crisis interna en cada uno de los países centroamericanos provocada por la crisis política regional. El triunfo de la revolución sandinista en 1979, indudablemente fue un factor que aceleró la crisis política en El Salvador y Guatemala. Lo hizo también, de manera menor, en Honduras y Costa Rica. El resultado fue una fuerte reacción en cadena y de círculo vicioso: la crisis profundizó la crisis.

A mediados de la década de los ochenta del siglo XX, las perspectivas del mercado común centroamericano eran bastante difíciles, y también las de la industrialización sustitutiva. En vísperas de la derrota sandinista en las elecciones de 1990, ya se hablaba de “el colapso del Mercado Común” (López, 1989: 2). Se empezó a observar un cuestionamiento del modelo de sustitución de importaciones, que agregado al latifundismo agroexportador habían constituido el *modelo híbrido*: era necesaria la reorientación y mejor utilización de los recursos del país (exportaciones tradicionales y no tradicionales), basándose en el principio de “las ventajas comparativas” y la reprivatización económica. La etapa de sustitución de importaciones había generado profundas distorsiones en la economía, tales como tipos de cambio sobrevaluados, precios subsidiados no rentables, industrias no competitivas en terceros mercados, y toda ella era parte de las causas del déficit fiscal por estar costosamente protegida con subsidios (López, 1989: 8); era preferible la exportación al mercado mundial que al mercado común centroamericano (Guerra Borges, 1988: 97).³

La propuesta fue el reemplazo de la sustitución de importaciones por la “promoción de exportaciones no tradicionales”, la colocación de éstas en mercados extrarregionales, la eliminación del proteccionismo; en suma, el desmantelamiento del sueño desarrollista de origen cepalino que se había adoptado a fines de los años cincuenta del siglo XX.⁴ Fracciones empresariales y sectores tecnocráticos influidos por el neoliberalismo, Banco Mundial (BM), Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Agencia Internacional del Desarrollo (AID), todos ellos determinados por Estados

Unidos de América, iniciaban un nuevo proyecto ante la crisis del latifundismo agroexportador y de la industrialización sustitutiva (Guerra Borges, 1988: 97, 98).

La crisis centroamericana se unió a la crisis de la deuda y el paradigma neoliberal empezó a manifestarse a través de condicionamientos crediticios por parte del FMI, BM y la AID. En un principio el FMI administró los llamados préstamos *Stand by* (estabilización de corto plazo) que contemplaban la reducción del déficit fiscal y el tamaño del gasto público, la aplicación de una política monetaria estricta para contener la inflación o la devaluación. El Banco Mundial administró los préstamos de ajuste estructural con objetivos de mediano plazo, como era la promoción de exportaciones, la liberalización del comercio, la privatización, la desregulación estatal (López, 1989: 3).

Los condicionamientos crediticios fueron constituyendo las partes esenciales del neoliberalismo en la región: reducción del papel del Estado; la liberalización del comercio interno y externo (eliminación de aranceles y subsidios); promoción de exportaciones no tradicionales; diversificación de mercados (mercados extrarregionales para las exportaciones no tradicionales); liberalización bancaria y atracción de la inversión extranjera (en particular en el ramo de la maquila); desregulación de la economía mediante la eliminación de todas las trabas legales al mercado.⁵

La sucesión de los modelos económicos que se observaron en la sociedades centroamericanas no fueron sino expresiones locales de desenvolvimientos de carácter mundial. El proceso de constitución del latifundismo agroexportador estuvo vinculado a la expansión del mercado mundial capitalista que la revolución industrial y otros hechos provocaron. De igual manera, la implantación de la industrialización sustitutiva modelo en la matriz agroexportadora estuvo condicionada por la aparición del modelo keynesiano y las consecuencias de la crisis mundial de 1929 en América Latina.

La aparición del neoliberalismo en la región también estaría condicionado por dos hechos fundamentales para la historia mundial del siglo XX. El primero de ellos fue la crisis prolongada y luego el colapso del socialismo real, y con esto no sólo el desprestigio de la propiedad social de los

medios de producción, sino también del estatismo y la planificación. El segundo hecho estribó en la crisis del Estado de bienestar y el agotamiento, por tanto, del keynesianismo. Sobre estos hechos se montó la llamada “revolución conservadora”, que se inició claramente con la llegada al poder de Margaret Thatcher, en Gran Bretaña y de Ronald Reagan, en Estados Unidos. La expansión de los gastos del Estado, entre ellos principalmente los sociales y cualquier forma de subsidio, y la intervención estatal en la economía, fueron sometidos a una crítica implacable, la cual empezó a adquirir cada vez más prestigio en los organismos financieros internacionales. Desde los años setenta y, más evidentemente, desde principios de los ochenta, el llamado neoliberalismo se convirtió en el paradigma dominante.

En síntesis, el contexto del triunfo de la revolución popular sandinista no podía ser más adverso. Además de la brutal *guerra de baja intensidad* a la que fue sometida por Washington, su nacimiento se dio cuando el modelo de acumulación capitalista tradicional (el latifundismo agroexportador) empezaba a extinguirse. Y en un momento en que, también, aquel modelo de acumulación capitalista que buscaba sustituirlo (la industrialización sustitutiva) evidenciaba ya su fracaso. Finalmente, cuando el socialismo real entraba en crisis terminal y el capitalismo mundial triunfaba una vez más, transitando en medio de su crisis, hacia la acumulación flexible, hacia esa forma salvaje que hoy conocemos como neoliberalismo.

El ocaso de la dictadura militar

El triunfo de la revolución sandinista fue expresión de la crisis de una forma de acumular y, también, de una manera de gobernar. Desde la década de los setenta, las dictaduras militares evidenciaban un agotamiento expresado en una debilidad hegemónica cada vez más grande.

En Guatemala y en El Salvador la crisis del modelo de acumulación mencionada líneas atrás y el shock petrolero habían generado una inusitada inflación, fenómeno que también apareció en el resto de Centroamérica. Fueron estos hechos el sustento indispensable para el surgimiento y desarrollo de un significativo movimiento popular rural y urbano. A este movimiento se agregaron nuevos sectores radicalizados

precedentes de partidos políticos reformistas descontentos con los fraudes electorales de 1974-1978 y 1972-1976 respectivamente. Los terremotos de 1972 en Nicaragua y de 1976 en Guatemala, evidenciaron las profundas desigualdades sociales que preservaban las dictaduras así como la corrupción que inundaba al Estado. Los fraudes electorales se vieron complementados con los asesinatos en Nicaragua de Pedro Joaquín Chamorro en 1978, de Alberto Fuentes Mohr y Manuel Colom Argueta en Guatemala en 1979 y del Arzobispo Arnulfo Romero en El Salvador en 1980. Agobiadas por una creciente crisis hegemónica, las dictaduras militares centroamericanas la profundizaron al recurrir al terror. Destruyeron las mediaciones políticas que hubieran podido articular transiciones pacíficas y pactadas, y el resultado fue que dichas dictaduras entraron en una crisis terminal.

En el ocaso de las dictaduras militares centroamericanas, también contribuyeron factores externos a la región. Varias habían caído en el mundo a finales de la década de los setenta. El colapso sucesivo de éstas fue llamado “la tercer ola de la democratización”, empezó por la revolución portuguesa en abril de 1974 (Huntington, 1994). En América Latina, la profunda crisis de las dictaduras militares en América del Sur resultó evidente a partir de la derrota de las fuerzas armadas argentinas en la Guerra de las Malvinas.

El énfasis que puso la administración Carter en el asunto de los derechos humanos guió una política exterior norteamericana en la que la democratización restringida se combinó o sustituyó la doctrina de seguridad nacional como estrategia contrainsurgente (Martz, 1988). El ascenso de la lucha sandinista y la revolución de julio de 1979 confirmaron en la Casa Blanca que, en el nuevo contexto mundial, las dictaduras fomentaban más revoluciones que las democracias.

Así las cosas, puede afirmarse que la revolución sandinista no solamente animó las energías revolucionarias en otros países de la región. También agudizó la crisis de las dictaduras centroamericanas, al hacer que Washington, de soportar a éstas, pasara a fomentar las democracias restringidas. Las dictaduras militares ya no fueron más solución al problema de la insurgencia, sino se convirtieron –a juzgar por la sociedad

estadounidense y más importante aun, según la Casa Blanca– en parte del problema centroamericano.

La democratización como arma contrainsurgente fue perfectamente clara a partir de los intentos de liberalización observados en El Salvador con el golpe militar de octubre de 1979. En dicho país se inició un proceso con notables audacias como la reforma agraria, la nacionalización de la banca y el comercio exterior (Gordon, 1989; Lungo, 1990; Jiménez *et al.*, 1988). En Honduras, se observó un vuelco en la situación política con la advertencia de la administración Carter al gobierno del general Policarpo Paz García, de la necesidad de limpieza y claridad en las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1980. Convertida Honduras en el puntal de la guerra de baja intensidad en Centroamérica, la democratización reveló nítidamente uno de los límites de la transición: ésta se llevó a cabo en el contexto de una creciente penetración estadounidense a través del establecimiento de la base militar de Palmerola con la presencia de 1 500 soldados norteamericanos, el flujo de cerca de 80 mil de éstos en las sucesivas maniobras militares (Ahuas Tara) y un crecimiento de la ayuda económica y militar sin precedentes (Meza *et al.*, 1988: 3; Del Cid *et al.*, 1990).

La transición estatal en Guatemala comenzó con el derrocamiento del gobierno de Romeo Lucas García y su sustitución por Efraín Ríos Montt (1982-1983). Al enfrentar una creciente insurgencia, el Estado guatemalteco requirió para su modernización la implantación del terror en una escala nunca antes vista. Mas de 400 masacres de comunidades indígenas, 16 mil muertos y desaparecidos en el periodo de 17 meses de gobierno de Ríos Montt, 15 fusilados por los Tribunales de Fuero Especial, 90 mil refugiados en México y un millón de desplazados internos (Figueroa Ibarra, 1990, 1991). La continuidad del proceso, pese al derrocamiento de Ríos Montt en 1982, se observó con las medidas tomadas por su sucesor, el general Humberto Mejía Vítores (1983-1986): 900 mil hombres organizados en las Patrullas de Autodefensa Civil, los polos de desarrollo (suerte de aldeas estratégicas) y las coordinadoras institucionales de desarrollo (instancias desarrollistas integradas por civiles y militares) (Figueroa Ibarra, 1991). Estas instituciones se complementaron con la erección de la institucionalidad necesaria para lograr

la transición hacia un gobierno civil, esencia de la segunda fase de la modernización. La instauración del gobierno civil personificado en Vinicio Cerezo Arévalo (1986-1991) constituyó la tercera fase de un proceso que fue identificado como de democratización.

Lo paradójico de la transición estatal costarricense, al menos en el primer lustro de la década de los ochenta, fue que en el momento en que más necesitaba de una vitrina democrática como ejemplo alternativo frente a Cuba y Nicaragua, ésta comenzó su crisis más profunda. La gran contradicción radicaba en la dificultad para promover y mantener una estructura social democrática y relativamente equitativa basada en una estructura económica típicamente periférica (Garnier, 1990). La solución a esta contradicción la habría de dar la ayuda norteamericana. Cierto era que al finalizar la década de los ochenta, se podía afirmar que la política de ajuste estructural había tenido éxito sin despertar un gran conflicto social. Pero también era cierto que tal éxito se explicaba no sólo a través de medidas para adelgazar el Estado, sino también gracias a una enorme ayuda financiera estadounidense. Entre 1982 y 1986 se recibirían en total 2 mil millones de dólares procedentes de diversas fuentes (Reuben, 1988; Rojas Bolaños, 1989; Garnier, 1989).

Conviene destacar las limitaciones de los cambios políticos que la revolución sandinista generó en los demás países centroamericanos. En primer lugar, fueron cambios políticos tutelados y subsidiados por la dominación estadounidense en la región. En segundo lugar, fueron asentados y acotados en el uso del terror estatal como lo evidenciaron claramente los casos de Guatemala y El Salvador. Por último, estas transiciones democráticas fueron realizadas al mismo tiempo que las primeras medidas neoliberales se empezaban a tomar en la región. He aquí los problemas irresueltos que todavía llevan sobre sus hombros las precarias democracias centroamericanas.

LOS SUEÑOS INCONCLUSOS

Casi siempre la historia de la humanidad es el triunfo de la necesidad sobre la libertad. Los seres humanos se proponen metas y su praxis in-

roduce transformaciones esenciales en la naturaleza y en la sociedad, pero no necesariamente en el sentido en el que los ideales y las ideologías las habían imaginado. Éstos se encuentran enclaustrados en el ámbito de lo realmente existente, es decir, de las posibilidades de la economía, de las correlaciones en la política y de los límites de la cultura.

A la luz de las anteriores consideraciones, es necesario examinar los saldos de la revolución sandinista para la propia Nicaragua y para la región. Además de provocar un vuelco en la política de Washington hacia las dictaduras centroamericanas, en el plano regional, la desaparición del somozato generó efectos importantes en los Estados y las sociedades civiles centroamericanas. En primer lugar, desapareció un factor de poder regional que apuntalaba a las demás dictaduras, como lo demuestra la larga historia de ingerencia del somozato en los momentos de crisis de éstas. En segundo lugar, a nivel estatal y en el seno de ciertos sectores de las Fuerzas Armadas, de los partidos políticos en el gobierno y en los moderados de oposición, creció la conciencia de la necesidad de una apertura. La revolución sandinista no solamente expresó la crisis de las dictaduras militares en Centroamérica, sino también propició su profundización.

Al parecer la revolución estalló en el país que tenía la dictadura más frágil. A diferencia de las dictaduras guatemalteca y salvadoreña, la nicaragüense no era estrictamente una dictadura de clase, sino la de una fracción de la burguesía articulada en torno a la familia Somoza (Vilas, 1988: 52). Más aún, las dictaduras militares en Guatemala y El Salvador estaban articuladas en torno al mando corporativo de la alta jerarquía de las fuerzas armadas. En Nicaragua, incluso estaba personificada en la figura de Anastasio Somoza Debayle. El Estado como encarnación de lo público existía tan precariamente, que no en balde la dictadura somocista ha sido calificada como expresión de un *Estado patrimonial* (Martí i Puig, 2004: 66-75). Este hecho facilitó el proselitismo del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) entre los sectores populares y la alianza con sectores de la burguesía nicaragüense afectados por el monopolio del poder de los Somoza. En segundo lugar, en Nicaragua se observó claramente el momento del estallido de la crisis revolucionaria; en el

seno del pueblo subyacía una memoria antiimperialista y la lucha arraigada en lo antidictatorial y antiimperialista adquirió así un contenido nacional popular cuyo aprovechamiento fue el gran acierto y la gran fuerza de los sandinistas (Vilas, 1988: 51; Borge, 1989; Cabezas, 1989).

Nicaragua fue el país en el cual la transición estatal mostró la gran paradoja de la historia centroamericana de la década de los ochenta. Habiendo comenzado la década en la región con la marca de la revolución triunfante, habría de terminar con un serio revés para la misma. La guerra de defensa nacional había costado, entre enero de 1981 (año en que Reagan asumió la presidencia de Estados Unidos y empezó la guerra de baja intensidad) y enero de 1989, poco más de 57 mil víctimas (entre fallecidos, heridos y mutilados), de los cuales poco más de 29 mil eran muertos. Los daños a la economía provocados por el acoso estadounidense y de *la contra* ascendían hasta esa fecha a 12 300 millones de dólares (Ortega Saavedra, 1989).

Ninguno de los logros sandinistas (reforma agraria, salud, educación) pudo revertir el cansancio en el seno de la población ante la guerra de desgaste impuesta por Estados Unidos. En febrero de 1990, la mayoría del pueblo nicaragüense no votaría en contra del FSLN, sino en contra de la continuidad de la guerra que la permanencia de los sandinistas en el gobierno implicaría.

Lo paradójico de la derrota sandinista es que evidenciaría lo que a la postre podría ser el gran aporte del FSLN a la nación nicaragüense: ciertamente éste no fue la construcción del socialismo, sino la destrucción de la dictadura somocista y la construcción de la república democrática.

Es en este sentido que podemos decir que, en la década de los ochenta y principios de los noventa, Centroamérica presencié el triunfo de la realidad sobre la utopía. En el siglo XXI, esta región enfrenta la gran paradoja del proceso de democratización observado de manera clara en el cono sur. Se propugna por la construcción de una *república democrática* asentada en un proceso de depauperación de las clases subalternas que superará con creces lo antes observado. La democracia es conceptualizada únicamente en el ámbito político y en esta esfera, reducida a un conjunto de reglas que garantizan juego limpio en la rotación electoral y, en el

mejor de los casos, la reducción o eliminación del terrorismo de Estado. Si recordamos la larga trayectoria de fraudes electorales y terror en la región, estos hechos no podrán ser desdeñables. Pero serán insuficientes para darle viabilidad a un Estado estable y a una sociedad justa aun en los marcos del capitalismo. Ése será precisamente el ámbito de acción de aquellas fuerzas que, como las revolucionarias, comenzaron la década de los ochenta buscando la utopía y la terminaron encontrándose con la realidad. Ésta les dicta que lo posible en todo este periodo histórico –en el cual el asalto revolucionario a la vieja fortaleza del Estado ha sido sustituido por la larga guerra de posiciones en el sentido que Gramsci le dio– será combatir la concepción estrecha de la democracia para llevarla al campo de lo económico social, de la participación popular y de la soberanía en medio de la integración.

Acaso sea ésta la revolución posible en la Centroamérica del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

- Bulmer Thomas, Victor (1990), *La economía política de Centroamérica desde 1920*, publicación del Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE), San José, Costa Rica.
- Borge, Tomás (1989), *La paciente impaciencia*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua.
- Cabezas, Omar (1989), *Canción de amor para los hombres*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua.
- Dada Hirezi, Héctor (1983), *La economía de El Salvador y la integración centroamericana*, EDUCA, San José, Costa Rica.
- Del Cid, R., Pino, H. N. y Hernández, A. (1990), *Honduras: crisis económica y proceso de democratización política*, Tegucigalpa, Honduras, Centro de Documentación de Honduras.
- Durham, William H. (1979), *Scarcity and survival in Central America. Ecological origins of the soccer war*, Stanford University Press.
- Figuerola Ibarra, Carlos (1990), "Guatemala: el recurso del miedo", *Nueva Sociedad*, núm. 105, enero-febrero, Venezuela.

- _____ (1991), *El recurso del miedo. Ensayo sobre Estado y terror en Guatemala*, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), San José, Costa Rica.
- Garnier, Leonardo (1988), "Crisis, desarrollo y democracia en Costa Rica", en Rojas *et al.*, *Costa Rica. Crisis y Desafíos*, CEPAS/DEI, San José, Costa Rica.
- Gordon, Sara (1989), *Crisis Política y Guerra en El Salvador*, Siglo XXI editores/ Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México, D. F.
- Guerra Borges, Alfredo (s/f), *Hechos, experiencias y opciones de la integración económica centroamericana*, Cuadernos de Ciencias Sociales, Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- _____ (1979), *Inversión extranjera y política industrial en Centroamérica*, Facultad de Ciencias Económicas/Universidad de San Carlos, Guatemala.
- _____ (1988), *Desarrollo e integración en Centroamérica: del pasado a las perspectivas*, CRIES/Instituto de Investigaciones Economicas (IIEC) de la UNAM/Ediciones de Cultura Popular, México, D. F.
- Harvey, David (1998), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu editores, Argentina.
- Huntington, Samuel P. (1994), *La Tercera Ola. La Democratización a Finales del Siglo XX*, Editorial Piados, Barcelona, Buenos Aires.
- Jiménez, Edgar *et al.* (1989), *El Salvador: guerra, política y paz*, CINAS/CRIES, El Salvador.
- Lizano, Eduardo (1990), "Programa de ajuste estructural" en Lizano *et al.*, *Crisis Económica y Ajuste Estructural*, Ediciones Universidad Estatal a distancia, San José, Costa Rica.
- López, J. R (1989), *El ajuste estructural de Centroamérica. Un enfoque comparativo*, Cuadernos de Ciencias Sociales núm. 26, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), San José, Costa Rica.
- Lungo Uclés, Mario (1990), *El Salvador en los ochenta: contrainsurgencia y revolución*, EDUCA/FLACSO, San José, Costa Rica.
- Martz, John D. (ed.) (1988), *United States Policy in Latin America. A Quarter Century of crisis and Challenge, 1961-1986*, University of Nebraska Press, Lincoln and London.
- Martí i Puig, Salvador (2004), *Tiranías, rebeliones y democracia. Itinerarios políticos comparados en Centroamérica*, Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- Meza, V., Sheperd, P. y Medea, Benjamín (1988), *Honduras-Estados Unidos: sub-*

BAJO EL VOLCÁN

- ordinación y crisis*, Centro de Documentación de Honduras.
- Ortega Saavedra, Daniel (1989), *Programa económico 1989*, Dirección de Información y Prensa de la Presidencia de la República, Managua, Nicaragua.
- Rivera Urrutia, Eugenio (1987), "El ajuste estructural en Centroamérica. Problemas centrales de la experiencia reciente", *Revista de la Integración y el desarrollo de Centroamérica*, núm. 40, BCIE, Costa Rica.
- Reuben Soto, Sergio (1988), *Ajuste estructural en Costa Rica*, Editorial Porvenir, San José, Costa Rica.
- Rojas Bolaños, Manuel (1989), "Ocho tesis sobre la realidad nacional" en Manuel Rojas Bolaños *et al.*, *Crisis y Desafíos*, CEOAS/DEI, San José, Costa Rica.
- Rowles, James (1980), *El conflicto Honduras-El Salvador (1969)*, EDUCA, Centroamérica.
- Selser, Gregorio (1984), *Informe Kissinger contra Centroamérica*, El Día en Libros, México.
- Vilas, Carlos (1988), "El desarrollo desigual de las condiciones revolucionarias en Centroamérica (1950-1980)", *Estudios Latinoamericanos*, CELA/UNAM, núm. 5, julio-diciembre, México, D. F.
- _____ (1994), *Mercado, Estados y Revoluciones. Centroamérica 1950-1990*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F.

NOTAS

¹ Según este autor, dichos resultados son un caso único en las experiencias de integración en América Latina y el Caribe (Guerra Borges, s/f: 17).

² En 1959 solamente 0.8% de la inversión extranjera en Guatemala se iba hacia la industria, en 1969 tal porcentaje había ascendido a 43%. El papel de Estados Unidos en este impresionante aumento de las inversiones extranjeras en la industria es notable: en 1969 del total de 202 empresas extranjeras que operaban en Guatemala, 62% eran estadounidenses (Vilas, 1994: 73).

³ Más que el desarrollo del mercado interno (se referían al surgido con la integración), era el externo al que había que volcarse, entendiendo por esto las posibilidades que se abrían con la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (Guerra Borges, 1988, p. 98; López, 1989, p. 6).

LA REVOLUCIÓN SANDINISTA Y LOS CONTRATIEMPOS...

⁴ Por exportaciones no tradicionales se entiende industria de reexportación (maquila), industria surgida con el Mercado Común Centroamericano (alimentos, prendas de vestir, madera, cuero, vidrio, industria metalmecánica), frutas, flores y determinado tipo de hortalizas (arveja, brócoli, ejote francés, espárrago etc.), y finalmente el turismo (Guerra Borges, 1989, p.100).

⁵ Este esbozo último del modelo neoliberal puede encontrarse en López, 1989, pp. 9,10. Otras síntesis del planteamiento neoliberal se pueden encontrar en Timossi, s/f: cap. II; Rivera, 1987; Lizano,1990.